

# GÁRGANO INESTABILIDAD Y TEMBLOR

El primer efecto sobre la percepción es alucinatorio: formas y colores que se distribuyen de un modo compulsivo sobre la tela. Fuerzas centrífugas y centrípetas, en diferentes núcleos visuales, inundan el campo de batalla del cuadro. El modo en que Gárgano usa el color es tan contrastante y chimiante que casi puede resultar audible porque las combinaciones de los colores y sus frecuencias, reunidas, estallan ante el ojo del que mira. Pinta con una pasión notoria y contagiosa. Hay un temblor y una inestabilidad, una impresionante vibración en sus telas, que resulta siempre cuestionadora de nuestro lugar -que debe ser activo-, del lugar de la pintura y del pintor. Es una inestabilidad que grita y nunca se acomoda del todo: nunca sedimenta ni encuentra sosiego. Nunca hace pie: no para de subir o bajar, no deja de ser inquietante. Cada uno de sus cuadros es un conjunto de gestos, figuras y manchas en combustión combinatoria permanente.

Sin embargo pasado el primer impacto, pasados los primeros sonidos provenientes de la tela, comienzan a organizarse las formas: allí aparecen las citas, los puntos de partida, los orígenes de tal o cual escena. La pintura de Gárgano no se estabiliza pero ofrece muchos puntos de apoyo, lazos, relaciones: determinada película, libro, cuadro, concierto. Cierta imagen que evoca tal cuadro de la historia del arte; tal pintor. Cuando Gárgano pinta siempre establece coordenadas. Sus cuadros no sólo emiten sonidos y músicas, también hablan por él: "aquí estoy yo; este es mi mundo". "Esta es mi posición, mi lugar, mi punto de vista. Estas son las cosas que convoco en la tela".

Las formas de cada color, se ofrecen compactas, a veces acribilladas por el blanco de la tela, que emerge entre los colores. Sus pinceladas son siempre gestuales. Y las aplica de un modo expansivo. Gárgano no se guarda nada, no es reticente, no se fija en gastos. Al contrario, más bien derrocha: en cada tela pone mucho, todo: ideas, convicciones, energía, movimiento, opiniones, lecturas, experiencias, músicas. Sabiduría pictórica.

Sus pinturas contienen un mundo muy rico en referencias, tanto de la cultura como de los accidentes y circunstancias del propio hacer, que el artista continuamente incorpora a la composición. Desde Godard (y sus lúcidos apuntes poético ensayísticos acerca de la historia del cine) hasta un paisaje pampeano. Desde Piero de la Francesca hasta los Rolling Stones o una imagen de Céline alimentando a las ocas, fuera del caserón donde pasó sus últimos años. La cotidianidad es heterogénea, la compulsión por conocer y dar, también.

La mayor parte de los cuadros de Gárgano es barroca. Los elementos visuales se acumulan, se entrechocan, se hacen lugar para entrar, a veces a los empujones. La tela casi siempre le queda chica: un metro cincuenta, o tres, el contenido tiende a la proliferación y la expansión. Y sin embargo cuando una pintura se ofrece serena, también allí es intensa. La matriz caótica de la pintura de Gárgano suma intensidad, profundidad, inestabilidad, en un desequilibrio difícil de conseguir, en un desborde excedido por la pasión pictórica.

Fiel a esta lógica, el artista nunca concentra la atención en un solo punto sino que los cuadros ofrecen múltiples zonas de atención. Cuando hay tormenta, la hay por todas partes. Y si sospechamos encontrar una secuencia narrativa, rápidamente se disuelve en el color y las formas, porque tampoco el componente narrativo constituye un relato fijo. Así, cada pintura resulta magmática, incandescente, nunca fragua ni se detiene en sus procesos proliferantes. Para Gárgano la pintura es infinita: allí se condensa todo saber, toda experiencia, toda energía, toda mirada, todo color.

Fabián Lebenglik, sept. 2008